



Misión Católica de Lengua Española

Thurgau-Schaffhausen

Freiestr. 10, 8570 Weinfelden
071 626 11 63 / 078 214 74 38
mcle@kath-tg.ch

Sacerdote: Javier Martín
Secretaria: M^a Amelia Di Pietro Neff

HOJA DOMINICAL SEMANAL #192

DOMINGO XIII TIEMPO ORDINARIO

HORARIO DE OFICINA

Martes, jueves y viernes:
8.00-12.00; 13.30-15.00

Miércoles: 17.00-20.00

MISAS

Todos los sábados
18.45 St. Maria, Schaffhausen

Domingos 1º, 3º y 5º
10.30 Klösterli, Frauenfeld
12.15 St. Stefan, Kreuzlingen

Domingos 2º y 4º
9.15 Galluskapelle, Arbon
11.15 St. Stefan, Amriswil

CONFESIONES

Concertar cita con el Sacerdote

Pinceladas

“Permaneced, pues, en estos sentimientos y seguid el ejemplo del Señor, firmes e inquebrantables en la fe, amando a los hermanos, queriéndoos unos a otros, estando atentos unos al bien de los otros, no despreciando a nadie. Y cuando podáis hacer bien a alguien, no os echéis atrás”.

San Policarpo



Las afirmaciones contenidas en el final del discurso misionero serían desconcertantes en la vida de cualquier persona. ¿Quién podría exigir para sí un amor mayor al que se tiene al padre o a la madre, al hijo o a la hija? O, desde que lógica humana, ¿podría afirmarse que perder la vida es encontrarla? En el primer caso, parece oponerse al cuarto mandamiento. Solo hay una excepción en la Escritura, el amor de los esposos, en el que «el hombre abandona a su padre y a su madre y se une a su mujer» para ser los dos «una sola carne» (Gn 2,24): la relación que se establece entre el hombre y la mujer es tan fuerte y profunda que supera la relación padre-hijo e inicia una experiencia completamente nueva. Aquí, sin embargo, no se está hablando de la relación conyugal, sino de la relación con Jesús: «el que ame a su padre o a su madre más que a mí...» Se trata de un amor que no tiene por objeto dar continuidad al mundo mediante la descendencia física de los hijos, sino de una unión con Jesús que mira más allá de este mundo. Este amor tiene la primacía sobre cualquier otro vínculo humano. Esta superación de las relaciones de sangre solo puede establecerla el mismo Dios y su urgencia solo puede comprenderse desde la presencia actual del Reino en la persona de Jesús. Más aún, el amor a Jesús no solo está por encima de las relaciones de sangre, sino también de la relación, más íntima aún, con uno mismo: perder la vida por Jesús implica un amor superior al que se tiene a uno mismo, hasta el punto, incluso, de no temer perder la propia vida como camino para encontrarla. Esto solo se entiende desde la dinámica de la cruz: entregar la vida por Jesús es ponerla en manos del Padre y confiársela para que sea fecunda, como hará Jesús en el Calvario. En definitiva, se trata de vivir el seguimiento de Jesús como un proceso de progresiva identificación con Él. Desde aquí, podemos comprender mejor las palabras que siguen: «Quien a vosotros os recibe, a mí me recibe y el que me recibe a mí, recibe al que me ha enviado». Por su unión e identificación con Cristo, los discípulos no solo representan al Padre, sino que, más bien, lo hacen presente, de modo que la hospitalidad que se les brinda a ellos le está siendo brindada a Él. Y esto «no quedará sin recompensa». Si la mujer sunamita vio cambiada su esterilidad en fecundidad al abrir su casa al profeta Eliseo solo porque este era «un hombre de Dios» (2 Re 4,8-11.14-16), mucho mayor será la paga de los que reciban a los enviados de Jesús, pues compartirán su mismo premio: a quien reciba a un profeta, «paga de profeta», a quien reciba a un justo, «paga de justo» y a quien reciba a un discípulo, aunque no se explicita el relato evangélico, paga de discípulo. Los enviados y aquellos que los acogen comparten la misma suerte, el mismo destino, pues unos, por su misión apostólica, y otros, por la acogida, formarán parte de la misma realidad. En último término, esa recompensa es el mismo Jesús: perderlo todo por Él es ganarlo a Él, cuyo amor vale infinitamente más que todo lo demás.

29 de junio: Solemnidad de los Santos Pedro y Pablo, apóstoles



Reza la antífona de entrada en la solemnidad de San Pedro y San Pablo: «**Estos son los que, mientras estuvieron en la tierra, con su sangre plantaron la Iglesia: bebieron el cáliz del Señor y lograron ser amigos de Dios**».

Los apóstoles Pedro y Pablo son considerados como las primeras columnas del cristianismo. San Pedro es la roca sobre la que Jesús edificó su Iglesia, y san Pablo, con sus viajes y sus escritos, es el apóstol de la Iglesia universal. Los dos confirmaron la unidad y la universalidad del nuevo pueblo de Dios con el testimonio del martirio.

La vida de ambos estuvo marcada principalmente por el encuentro personal que tuvieron con Jesús: Él los sanó e hizo de ellos apóstoles. Pedro fue liberado de su miedo y de su inseguridad. Al confiar en las palabras de Jesús, tuvo la certeza de que estando en la presencia y cercanía de Cristo, no había nada que temer. Pablo, en cambio, fue liberado «del celo religioso que lo había convertido en un encarnizado defensor de las tradiciones que había recibido» y que impedían reconocer en Jesús al Mesías esperado. Pero tras su encuentro con Cristo camino de Damasco se lanzó a una predicación propia de quien «ha experimentado intensamente la alegría de ser de Dios». Su vida, que giraba solamente en torno a unos preceptos que cumplir, hunde ahora sus raíces en aquel encuentro personal con Cristo.

«Pedro y Pablo nos dan la imagen de una Iglesia confiada a nuestras manos, pero conducida por el Señor con fidelidad y ternura (...); de una Iglesia débil, pero fuerte por la presencia de Dios; la imagen de una Iglesia liberada que puede ofrecer al mundo la liberación que no puede darse a sí mismo». Tras la confesión de Fe de Simón Pedro, «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (Mt 16,16), Jesús le confía la misión de ser la piedra sobre la que edificará su Iglesia. Pero su fortaleza no dependerá de sus cualidades –«esto no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre» (Mt 16,17)–, sino del Padre que está en el cielo. Esta tensión entre el don que proviene de Dios y la capacidad humana es lo que marca la vida de san Pedro, de la Iglesia, y de cada uno de nosotros. Por un lado, la luz y la fuerza que viene de lo alto; por otro, la debilidad humana, que solo la acción de Dios puede transformar.

San Pablo es considerado el apóstol de los gentiles; es decir, de todos aquellos que no pertenecían al pueblo judío. Él, que tanto se afanó en perseguir a los cristianos porque no eran lo suficientemente observantes con el judaísmo como lo era él, después destacó precisamente por anunciar la salvación a todas las naciones de la tierra. «Me he hecho todo para todos, para salvar de cualquier manera a algunos» (1 Co 9,22), escribió a la comunidad de Corintio. No hay ninguna barrera terrena que pueda separar a un cristiano de sus hermanos. Todo lo que alejaba a san Pablo de los demás, desapareció al encontrarse con el Señor. «Ese acontecimiento ensanchó su corazón, lo abrió a todos (...) y le hizo capaz de entablar un diálogo amplio con todos».

Tal como recordó el Papa Benedicto XVI en el año 2012, “la tradición cristiana siempre ha considerado inseparables a San Pedro y a San Pablo: juntos, en efecto, representan todo el Evangelio de Cristo... Aunque humanamente muy diferentes el uno del otro, y a pesar de que no faltaron conflictos en su relación, han constituido un modo nuevo de ser hermanos, vivido según el Evangelio, un modo auténtico hecho posible por la gracia del Evangelio de Cristo que actuaba en ellos. Sólo el seguimiento de Jesús conduce a la nueva fraternidad”. Celebramos en un único día el martirio de los dos apóstoles, aunque fueran martirizados en días diferentes, pues en realidad eran una sola cosa. Primero fue martirizado Pedro, luego Pablo. Al celebrar su fiesta, procuremos imitar su fe, su vida, sus trabajos, sus sufrimientos, su testimonio y su doctrina.

Primera lectura

Lectura del segundo libro de los Reyes

Pasó Eliseo un día por Sunén. Vivía allí una mujer principal que le insistió en que se quedase a comer; y, desde entonces, se detenía allí a comer cada vez que pasaba.

Ella dijo a su marido:

«Estoy segura de que es un hombre santo de Dios el que viene siempre a vernos. Construyamos en la terraza una pequeña habitación y pongámosle arriba una cama, una mesa, una silla y una lámpara, para que cuando venga pueda retirarse».

Llegó el día en que Eliseo se acercó por allí y se retiró a la habitación de arriba, donde se acostó.

Entonces se preguntó Eliseo:

«¿Qué podemos hacer por ella?».

Respondió Guejazí, su criado:

«Por desgracia no tiene hijos y su marido es ya anciano».

Eliseo ordenó que la llamase. La llamó y ella se detuvo a la entrada.

Eliseo le dijo:

«El año próximo, por esta época, tú estarás abrazando un hijo».

Palabra de Dios / Te alabamos Señor

Salmo responsorial

R/. Cantaré eternamente las misericordias del Señor.

Cantaré eternamente las misericordias del Señor, anunciaré tu fidelidad por todas las edades.

Porque dijiste: «La misericordia es un edificio eterno», más que el cielo has afianzado tu fidelidad. **R/.**

Dichoso el pueblo que sabe aclamarte:
caminará, oh, Señor, a la luz de tu rostro;
tu nombre es su gozo cada día,
tu justicia es su orgullo. **R/.**

Porque tú eres su honor y su fuerza,
y con tu favor realizas nuestro poder.
Porque el Señor es nuestro escudo,
y el Santo de Israel nuestro rey. **R/.**

Segunda lectura

Lectura de la carta del apóstol San Pablo a los Romanos

Hermanos:

Cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados en su muerte.

Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que, lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva.

Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él; pues sabemos que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más; la muerte ya no tiene dominio sobre él. Porque quien ha muerto, ha muerto al pecado de una vez para siempre; y quien vive, vive para Dios.

Lo mismo vosotros, consideraos muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús.

Palabra de Dios / Te alabamos Señor

Evangelio

Lectura del santo evangelio según san Mateo

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus apóstoles:

«El que quiere a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que quiere a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí; y el que no carga con su cruz y me sigue, no es digno de mí.

El que encuentre su vida la perderá, y el que pierda su vida por mí, la encontrará. El que os recibe a vosotros, me recibe a mí, y el que me recibe, recibe al que me ha enviado; el que recibe a un profeta porque es profeta, tendrá recompensa de profeta; y el que recibe a un justo porque es justo, tendrá recompensa de justo.

El que dé a beber, aunque no sea más que un vaso de agua fresca, a uno de estos pequeños, solo porque es mi discípulo, en verdad os digo que no perderá su recompensa».

Palabra del Señor / Gloria a Ti, Señor Jesús

TABLÓN DE ANUNCIOS

Catequesis de adultos julio

Viernes 10, 18.30-20.00
Ulrichshaus, Kreuzlingen

Sábado 11, 16.30-18.30
Pfarrezentrum St. Maria, Schaffhausen

Dale todo el cariño de que seas capaz (testimonio anónimo)



Ocurrió durante un mes de voluntariado en las vacaciones de verano. Cuando llegamos a Nairobi (Kenia), nos preguntábamos cómo nosotros, inexpertos universitarios, podríamos ayudar en aquella África sucia, polvorienta y calurosa. Tuvimos la suerte de entrar en contacto con el Tercer Mundo a través de un asilo de las Hermanas Misioneras de la

Caridad de la Madre Teresa en Nairobi para niños moribundos. Todos entramos en aquella casucha, un tugurio sin muebles, con poca luz. Contrastaban las hamacas llenas de niños enfermos y llorando con los limpiísimos saris azules de las Misioneras de la Caridad, que rebosaban alegría. Yo me quedé bloqueado en mitad de la habitación. Nunca había visto nada así. Mis compañeros universitarios se dispersaron por las estancias, siguiendo a distintas monjas que requerían su asistencia. Una hermana me preguntó en inglés: –¿Has venido a mirar o quieres ayudar? Sorprendido por tan directa pregunta, y en estado de estupor, balbuceé: –A ayudar... –¿Ves a ese niño de allí, el del fondo, el que llora? (En efecto, lloraba desconsoladamente, pero sin fuerza.) –Sí, ese –le dije señalándolo. –Bien: cógelo con cuidado y tráelo. Lo bautizamos ayer. Noté que tenía una fiebre altísima. El niño tendría un par de años. –Ahora cógelo y dale todo el amor que puedas... –No entiendo... –me excusé. – Que le des todo el cariño del que seas capaz, a tu manera –me dijo. Y me dejó con el niño. Le canté. Lo besé. Lo arrullé... Dejó de llorar. Me sonrió. Se durmió. Al cabo de un rato busqué, llorando, a la hermana: –¡Hermana, no respira...! La Misionera de la Caridad certificó su muerte: –Ha muerto en tus brazos... Y tú le has adelantado quince minutos, con tu cariño, el amor que Dios le va a dar por toda la eternidad. Entonces entendí tantas cosas: el cielo, el amor de mis padres, el amor de Jesús, los detalles de afecto de mis amigos... Mi viaje a Kenia supuso un antes y un después en mi vida. Ahora sé que todos tenemos “kenias” a nuestro alrededor para dar amor cada día.

Más información:
<https://www.mcle-tg-sh.ch/de>

